PALABRAS DEL LIC. MIGUEL DE LA MADRID H.
DURANTE LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO *ALFONSO REYES
EN ARGENTINA*.

SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES
MÉXICO D.F., 27 DE AGOSTO DE 1999.

Alfonso Reyes en la Argentina es un libro excepcional. Recoge prácticamente todos los materiales, textos y testimonios suscitados por el autor de *Visión de Anáhuac* desde su llegada como primer embajador de México en Argentina en 1927 y hasta 1930 en su primera embajada y luego entre 1936 y 1937 hasta muchos años después de su muerte. Cosecha, desde luego, casi todos los textos y discursos publicados por Alfonso Reyes en esos años en torno a la Argentina y su cultura. Hilvana, además, las diversas manifestaciones de amistad y afecto crítico de que fue y ha sido objeto Alfonso Reyes por las más diversas y nobles voces de la literatura argentina desde Jorge Luis Borges y Ezequiel Martínez Estrada hasta Adolfo Bioy Casares, José Bianco, Eduardo Mailea y Julio Cortázar, entre otros.

Raras veces se tiene la oportunidad de leer un libro tan rico y tan preñado de admiración como este *Alfonso Reyes y la Argentina* coordinado y realizado a instancias del embajador Eduardo Robledo Rincón, prologado por Félix Luna e ilustrado por los elocuentes testimonios de Carlos Fuentes, Bioy y Borges. Con gran sentido histórico, desde que llegó a Argentina el exgobernador mexicano (nacido en Tuxtla Gutiérrez en 1947) puso manos a la obra, procuró la instalación de una Cátedra Alfonso Reyes en Buenos Aires y se dio a la noble tarea de juntar recuerdos y recortes, testimonios y memorias del paso de Reyes como primer embajador de México en la patria de Sarmiento. El riquísimo material muy pronto desbordó esos cauces pero

el editor embajador supo dar arquitectura a ese acervo inestimable abriendo las puertas, como en una ordenada y amena crónica, a los testimonios periodísticos —por ejemplo, de los banquetes ofrecidos en honor de Reyes— tanto como a las estampas y viñetas escritas por el regiomontano hasta los ecos luctuosos suscitados por su desaparición o los textos escritos con motivo de su centenario por personalidades como Enrique Anderson Imbert, Raúl H. Castagnino o Noé Jitrik. Que Alfonso Reyes es un escritor admirable es cosa que nunca se dirá suficientemente; este libro donde se despliega toda la admiración de la más exigente inteligencia argentina a lo largo de varias décadas es una buena ocasión para razonar esa admiración. Pero en estas páginas no sólo aparece el escritor admirado y admirable y la constelación de amistades que supo ir dejando a su paso este hombre-frontera, el “Hombre-Esperanza de la idea iberoamericana”, que diría Macedonio Fernández, este ciudadano del mundo tan mexicano y aun tan regiomontano. Aparece también el político, el hombre práctico, pero sobre todo el hombre amable y amado que sabe que la política es el arte de afinar voluntades con miras a un propósito común.

Coinciden en el cuadrante de estas páginas dos momentos excepcionales: de un lado, el escritor todavía joven pero ya maduro (al llegar a la Argentina Reyes tiene menos de cuarenta años), que llega a dar condición de Embajada a una modesta legación. Viene rodeado de la admiración y de la estima universales por su ya extensa y rica obra pues que esa edad juvenil ya ha publicado en forma sustantiva. Reyes está en su zenit y llega a vivir en Argentina sus años de oro. Su obra se lee con estima y admiración de un lado y otro del Atlántico. Los banquetes que se le organizan tanto en Madrid al partir como en Buenos Aires al llegar no son un mero formulismo: la cantidad y calidad de personajes que se suman a ellos hablan del muy alto aprecio en que se tiene al poeta y al escritor por

todo el orbe iberoamericano. También bajo la presidencia del general Calles es un momento excepcional para México. Han pasado las tempestades revolucionarias y el país se ha puesto a sembrar instituciones y a crear un nuevo orden social inspirado en el respeto paralelo a la ley y a las diferencias. Se fundan bancos, se trazan carreteras, se abren escuelas y universidades, y un acendrado espíritu progresista pone a México en la situación excepcional de ser no sólo un protagonista sino una especie de adelantado y promotor de la transformación democrática de América Latina. Alfonso Reyes —el hermano menor de la palabra, como gustaba llamarse a sí mismo— aparece así como el escritor querido y admirado de un país querido y admirado —como un hermano mayor— entre los países latinoamericanos. Y es que desde la Revolución, México supo reconocer que la defensa de la soberanía nacional pasaba y pasa por una consolidación del sentido solidario de los países latinoamericanos. En la gramática de las soberanías nacionales de la región iberoamericana, la idea de América funcionará como una sintaxis que las enlaza y coordina. De ahí que sea tan afortunada la coincidencia que hizo de Reyes embajador de México en Argentina en aquellos momentos y la que ha llevado en este presente nuestro a Eduardo Robledo Rincón a seguir con piadosa y eficaz voluntad los pasos de su eminente antecesor. “En su desempeño —dice Robledo Rincón— tenía presente siempre el interés de México y la necesidad de proyectar el ideario de la Revolución mexicana”. Reyes era —continúa el editor coordinador del volumen que comentamos— “un diplomático que no rehuye el compromiso con la difusión de las ideas y el programa que había impulsado el movimiento revolucionario. La base de sus actividades diplomáticas no podía estar en su formación literaria, pero ello no era una restricción ni mucho menos”. Por su parte, Reyes declaraba en agosto de 1927:

“Nosotros en América representamos un esfuerzo gigantesco por orientar a los pueblos hacia un destino de sólida prosperidad democrática, de verdadera libertad e igualdad. Nuestra Revolución tiene un contenido ideológico que todavía no es bastante conocido en América, y al calor de esa gesta se ha formado una generación de hombres e intelectuales cuyos frutos estamos palpando no sólo en las abstracciones especulativas o artísticas de los libros, sino en la obra del gobierno. La juventud es la mejor amiga de la acción, y los mexicanos queremos y procuramos ser hombres de pensamiento, pero de pensamiento en la acción.”

Curiosamente, estas palabras las decía el escritor que por las mismas fechas era acosado por algunos de sus paisanos por no ocuparse suficientemente de México, según lo pormenoriza Guillermo Sheridan en su estudio titulado *1932*, recién editado con sello del F.C.E.

Tres son los Reyes que dejan grabada como un medallón su memoria en Argentina: el escritor y artista, el político y diplomático y, en fin, el hombre de encanto y cordialidad que vuelve memorable toda ocasión y sabe transmutar cada acto —oficial, literario o doméstico— en una fiesta inolvidable, en ameno motivo de júbilo y concordia. Al profesionalismo de Alfonso Reyes como elemento “de esta gitanería dorada de la diplomacia” —para decirlo con sus palabras— que, al inaugurar la embajada de México en Argentina en 1927 y desempeñándose en ella hasta 1930 y luego al volverla a ocupar brevemente entre 1936 y 1937, sienta las bases de una relación verdadera, comercial y pragmática entre ambos países, ha de añadirse el poeta memorable y el ensayista incisivo que va dejando en prosa y en verso, en el orden editorial y en el crítico una estela de sugerencias y vislumbres sobre la cultura, las letras y la historia argentina de la época. Eximio representante de la inteligencia mexicana y americana,

Alfonso Reyes aparece en la Argentina como un verdadero actor del pensamiento, un agente activo de la reflexión y de la imaginación: entre otras cosas, edita al joven Borges, llora a Güiraldes, reflexiona sobre el Teatro argentino, discurre sobre la Cocina en la Plata, celebra a Ricardo Molinari y hasta aporta su grano de arena en la definición de la especificidad de la cultura argentina dentro del concierto de las naciones americanas, para no hablar de la forma en que, al paso y como de casualidad, deja constancia, aquí y allá, de su profundo conocimiento de la ciudad de Buenos Aires, mientras prosigue, a través de conferencias y artículos, sus investigaciones y ensayos sobre la historia de América y el poeta barroco Luis de Góngora.

Si a las actividades aquí reseñadas le añadimos, de un lado, la correspondencia personal con distintos escritores desahogada por entonces, y, del otro, el cúmulo de informes diplomáticos que va despachando por las mismas fechas y que próximamente publicará el F.C.E. en coedición con la Secretaría de Relaciones bajo el título de *Misión diplomática*, esta tarea incansable y casi pasmosa dejará sembrada en la Argentina una simiente que seguirá floreciendo incluso décadas después de su muerte y que ha beneficiado a México y a su cultura dándole una caja de resonancia de perdurable y profundo alcance. No es entonces sorprendente que a lo largo de este libro vibre un sentido primaveral y que en sus páginas transpire la alegría y el buen humor característicos del reconocimiento feliz. Y es que Reyes, por decirlo con voz coloquial, hizo CLIC y tuvo buena química con la cultura argentina como pocas personalidades del drama americano. Acaso uno de los secretos de este feliz encuentro esté en esa clave jubilosa que lleva a los jóvenes redactores de la revista *Martín Fierro* a saludar el arribo de Alfonso Reyes en estos términos: "Los que sentimos el arte como una alegría y no como una liturgia,

hemos celebrado íntimamente la llegada de Alfonso Reyes como un hombre nuevo, anheloso de hallazgos." (p. 114). Y a Alfonso Reyes, por su parte, a reconocer que el padre del *homo faber* es el *homo ludens*, y que es en la fidelidad al juego y al espíritu creativo donde habrá que medir el vigor, la salud de una cultura:

"Siempre —dice Alfonso Reyes en su salutación a la Casa del Teatro en Buenos Aires— fue la salud amiga de las diversiones, los juegos, las tareas desinteresadas y amenas. Juegos, diversiones, tareas desinteresadas son las artes desde el punto de vista puramente biológico: actividades reveladoras de una vitalidad normal, desbordes de la fuente interior cuando mana con regularidad y equilibrio. Lo cual no quita que las artes sean también para la ética y la metafísica, exteriorizaciones y descargos indispensables a nuestra buena economía, y hasta espejos en que la conducta se contrasta y se rectifica. Así, el solo cuidado para mejorar la clase artística es síntoma de cabal salud en la ciudad que se ocupa de procurarlo y es, además, garantía de porvenir." (p.152).

Que este ideario lúdico acompañó a Alfonso Reyes hasta sus últimos años lo documenta la entrevista-testimonio de Carlos Fuentes con que abre memorablemente el libro después del prólogo de Félix Luna y de la presentación editorial de Don Eduardo Robledo Rincón. No sólo es un texto de emotiva y humana sencillez, sino acaso uno de los mejores retratos que tenemos de un Don Alfonso Reyes que lo mismo se levantaba a escribir a las cinco de la mañana, que iba al cine con el joven Carlos Fuentes a ver una película de vaqueros de John Wayne, que lanzaba piropos inofensivos a las muchachas en el Zócalo de Cuernavaca. En ese humanísimo retrato Carlos Fuentes da una clave sobre el éxito de Alfonso Reyes como Embajador y hombre público: "... para él siempre su temporada en Argentina

era una especie de paraíso. Creo que tanto Buenos Aires como Río de Janeiro fueron dos etapas fundamentales de la vida de Reyes. Le dieron un respiro, una posibilidad de trabajo, de ejercer su cordialidad, una simpatía y una „generosidad inmensa, y esto se llevaba muy bien con su vida diplomática. A él le gustaba ver a la gente, recibir a la gente (...) Conocía a todos los escritores europeos y lo iban a visitar, se fotografiaban juntos. De manera que donde estaba Reyes se creaba inmediatamente de un universo literario.” (p.35)

Este poder de creación de microcosmos literarios y humanos y en consecuencia políticos, es sin duda una de las razones por las cuales la lectura de *Alfonso Reyes en Argentina* el libro coordinado por Eduardo Robledo Rincón, resulta tan rica y aleccionadora. En Francia, en España, en Argentina, en Brasil, y, por su puesto, en México —donde por esos años se daba una intensa disputa en torno a los deberes y responsabilidades del escritor— Alfonso Reyes impartió una inmensa lección de concordia y amistad, de amor y tolerancia. Recordarnos esa inteligente lección es una de las principales virtudes de este *Alfonso Reyes en Argentina*.